

¿A quién vamos a llamar?

Carlos Heredia Zubieta

Me preocupa mucho la vertiginosa polarización de la vida pública en México. Nos está dejando sin espacios de encuentro y diálogo entre el presidente y quienes, lejos de ser sus adversarios, son señalados como tales por el clima de crispación en que vivimos.

La clasificación de los ciudadanos entre “los que están conmigo” y los que se etiqueta como “los que están contra mí” supone incondicionalidad de los primeros y castiga el pensamiento crítico o la autonomía de acción de los segundos. Esta clasificación maniquea puede servir en una campaña de proselitismo político-electoral, pero a la hora de gobernar lastima a la sociedad y, e incluso socava la capacidad del propio gobierno de cumplir sus objetivos y programas prioritarios.

Así se han cerrado las vías de interlocución con muchos ciudadanos en distintos ámbitos: periodistas y medios de comunicación; familiares de víctimas y desaparecidos; grupos eclesiales que operan albergues para migrantes; padres de niños con cáncer y sin medicamentos; movimientos de mujeres; trabajadores de la salud; empresarios e inversionistas; las comunidades científica y cultural; y la cooperación internacional para el desarrollo.

Hay muchísimos mexicanos talentosos, comprometidos con nuestro país, que no quieren meterse a la vorágine de la confrontación.

Están dispuestos a responder a una convocatoria del presidente y su gobierno para trabajar juntos.

En este desgarramiento de la sociedad mexicana muy pronto nos ha-

¿A quién vamos a llamar? ¿Cómo superar este impasse? ¿Al Secretario General de las Naciones Unidas? ¿Al Papa Francisco? ¿Qué mexicano, cuál mexicana tiene capacidad de convocatoria y goza del respeto y de la confianza del presidente y de la sociedad mexicana para sentarlos a hablar?

rá falta un mediador, un amable componedor, un facilitador del diálogo que acerque a las partes que guardan entre sí una (in)sana distancia.

¿A quién vamos a llamar? ¿Cómo superar este impasse? ¿Al Secretario General de las Naciones Unidas? ¿Al Papa Francisco? ¿Qué mexicano, cuál mexicana tiene capacidad de convocatoria y goza del respeto y de la confianza del presidente y de la sociedad mexicana para sentarlos a hablar?

Un hombre respetado como David Ibarra, exsecretario de Hacienda, propone al presidente de la república alentar la inversión pública y evitar los pleitos políticos e ideológicos que polarizan al país. ¿Quién puede estar en contra de esta necesarísima invitación?

Hay millones de mexicanos que están listos para contribuir a la solución de los problemas del país. En el caso de la pandemia COVID-19 tendríamos mucho mejores condiciones para enfrentarla si trabajáramos en consonancia gobierno, médicos y trabajadores de la salud, investigadores científicos, organismos de la sociedad civil e iglesias, entre otros muchos. Cada sector ha respondido hasta el heroísmo como ha podido, pero una labor eficaz requiere de una coordinación intersectorial que

sólo puede lograrse en un clima de respeto, coordinación y cooperación.

Quizá pecamos de ingenuos, pero muchos mexicanos no nos vamos a dar por vencidos en la búsqueda de este acercamiento. Sabemos que ni el gobierno, ni la sociedad, podemos solos, por separado, contra la pobreza, ni contra la inseguridad.

La noche de su victoria, el presidente dijo “Llamo a todos los mexicanos a la reconciliación y a poner por encima de los intereses personales, por legítimos que sean, el interés general. Como afirmó Vicente Guerrero: ‘La patria es primero’”.

Nunca es demasiado tarde. Esta reconciliación tiene que construirse desde dos objetivos compartidos, incluyentes e integradores: la cohesión económica y social; y la construcción de la paz. La primera favorece la igualdad de oportunidades y el desarrollo sustentable; la segunda resulta de un esfuerzo por la seguridad y la justicia desde la colaboración entre ciudadanos y autoridades, quienes no representan partes contrarias, sino complementarias.

PD. Mi solidaridad con Carmen Aristegui y con su indispensable tarea periodística. Te abrazo fuerte Carmen.

Twitter: @Carlos_Tampico

La violencia en el hogar, una realidad

Alejandra Barrales

En México la violencia al interior de los hogares se recrudece, negarla no va hacer que desaparezca, se debe atender pues cada hora se levantan 27 carpetas de investigación por delitos de violencia familiar. Es el segundo delito que más se denuncia.

De acuerdo con las estadísticas del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública durante el mes de marzo se iniciaron 20 mil 200 carpetas por violencia familiar; lo que significa que se incrementó de 23 carpetas de investigación que se levantaban cada hora, en enero y febrero, a 27, al cierre del primer trimestre del año.

La cifra oficial ya es alarmante pero aún está muy por debajo de los números reales de los casos de violencia que tienen lugar al interior de las familias, debido a que según el Inegi, 9 de cada 10 de las mujeres víctimas de violencia no solicita apoyo a alguna institución y, por ende, no denuncia.

Los cambios legislativos, las políticas públicas y las acciones afirmativas que se han instrumentado han sido insuficientes, incluso para frenar las violencias de que son víctimas las niñas, niños, adolescentes y mujeres en el lugar en el que debieran sentirse protegidas y seguras, el hogar.

La violencia familiar es muy grave en México, se viene arrastrando por décadas. De acuerdo con la Encuesta Nacional sobre las Dinámica de las Relaciones en los Hogares (En-direh) 2016, el 43.9 por ciento de las mujeres ha sufrido violencia por parte de su actual o última pareja, esposo o novio a lo largo de su relación.

Las razones por las que las mujeres víctimas de violencia no solicitaron apoyo

De acuerdo con las estadísticas del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública durante el mes de marzo se iniciaron 20 mil 200 carpetas por violencia familiar; lo que significa que se incrementó de 23 carpetas de investigación que se levantaban cada hora, en enero y febrero, a 27, al cierre del primer trimestre del año.

a alguna institución, ni presentó una queja o denuncia ante alguna autoridad, es que 68 por ciento consideró que se trató de algo sin importancia; 34 por ciento, no le afectó; 19.5, por miedo a las consecuencias; 14%, por vergüenza; 11 por ciento, pensó que no le iban a creer o que le iban a decir que era su culpa, y el 9 por ciento, refirió no saber cómo o dónde denunciar.

Para visibilizar el problema se debe fomentar la cultura de la denuncia, parte fundamental para la prevención, atención y sanción efectiva de esta pandemia.

Es un problema viejo que siempre hemos arrastrado, el hogar es mucho más inseguro para las mujeres que para los hombres, es una realidad, que en este contexto de la contingencia sanitaria el #QuédateEnCasa puede costarle la vida a las niñas, adolescentes y mujeres.

Al contexto de violencia que viven las mujeres, se suman factores como el miedo a contraer la enfermedad, la pérdida del empleo y al hecho de que en las fiscalías no las estén recibiendo por la contingencia sanitaria.

Resulta alarmante que sólo cinco de los 32 tribunales superiores de justicia de las entidades, tomaron en

cuenta las necesidades de las mujeres que son víctimas de violencia, ofreciendo, específicamente, órdenes de protección de manera temporal, pero de carácter urgente.

Debemos pugnar para que las mujeres tengan acceso a servicios, aunque sean mínimos y en ese eje los Centros de Justicia para Mujeres (CJM), son fundamentales en la instrumentación de una política real de prevención, atención y erradicación de las violencias feminicidas. Fueron creados hace 10 años ante la necesidad de brindar una atención integral y especializada con perspectiva de género para las mujeres víctimas de violencia.

Ya suman 48 CJM, sin embargo, la mayor parte del personal que los integra llegó como un castigo y, en el caso del personal médico su rotación es constante.

La mayoría de los CJM siguen siendo el patito feo de las fiscalías, por ello es importante que tengan personalidad jurídica, autonomía técnica y recursos propios, pero para ello es necesario que sean incluidos en la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, lo cual esperemos que no se tarden porque, recordemos, la violencia en las casas no está en cuarentena.

Mirador

Armando Fuentes Aguirre (Catón)

VACILABA EL JUSTO JUEZ.

El ángel había llevado a su presencia a un hombre para que lo juzgara. En un platillo de la balanza se pusieron las buenas acciones que el hombre había hecho a lo largo de su vida, y en el otro las acciones malas.

Y sucedió que pesaron lo mismo unas y otras.

El fiel de la balanza quedó en medio.

El Juez Supremo no sabía qué hacer. El mal y el bien en la vida de aquel hombre eran iguales.

Le preguntó:

¿Tienes algo qué decir en tu favor?

Respondió, humilde, el hombre:

-Señor: a nadie nunca hice sufrir. A nadie hice llorar. Al oír eso el Padre ordenó que de inmediato se le abrieran al pecador las puertas del paraíso. ¡Hasta mañana!...

MANGANITAS.

Por AFA.

“... Protestan los meseros frente al Palacio Nacional.”.

No será grande sorpresa si los mira el Presidente y les dice, indiferente: “Perdónenme. No es mi mesa”.

Sobreaviso

René Delgado

¿Después los pobres?

La hora, el momento y la circunstancia urgen al Ejecutivo a replantear la estrategia si, en verdad, quiere constituir un gobierno nacional.

De seguir por donde va, el plausible y legítimo propósito de atender “por el bien de todos, primero a los pobres” podría desvirtuarse al punto de arrojar por resultado precisamente el contrario. Pueden gustarle o no los pronósticos sobre el agravamiento de la crisis económica a causa de la epidemia, pero no ignorarlos. El perfil de ese cuadro es terrible, triste y peligroso en extremo. Más muertos, más desempleo, más pobreza, más hambre, más desigualdad, más marginación, más decrecimiento y, a la postre, más inseguridad y violencia.

Así, los pobres no serán primero, sino después... a saber cuándo.

Si la determinación presidencial de operar un cambio radical para revertir la desigualdad, la corrupción y la impunidad sin vulnerar la democracia, descuadrar la economía ni provocar una ruptura supone una hazaña difícil e inaudita, la nueva circunstancia reclama mucho mayor inteligencia y apertura política, así como el reconocimiento cabal del margen de maniobra y del alcance del mandato.

Bajo esa reconsideración sería menester jerarquizar y acompañar las prioridades, bajarle a la confrontación y la diatriba, buscar aliados en vez de rivales reales o ficticios y, en esa condición que es prerrequisito, atemperar la adversidad, generar confianza y recalculó qué de lo pretendido se puede realizar. Querer no siempre es poder.

No hacerlo y caer en el garlito de que basta radicalizar la postura y apretar el paso para alcanzar el objetivo puede terminar en un desastre. Una debacle de una dimensión desconocida. Una tragedia social, económica y política que, a diferencia de otras ya sufridas, no tendría red de protección. Una calamidad ante la cual el reparto de culpas no desvanecería el tamaño de la responsabilidad adquirida por Andrés Manuel López Obrador.

Síntomas de esa posibilidad comienzan ya a resentirse en la relación del Ejecutivo con el empresariado, la inversión extranjera, los gobiernos estatales, la burocracia, los médicos, las mujeres, los periodistas, los investigadores, creadores y artistas e, incluso, en el triángulo de la relación gobierno-partido-parlamento.

Cuanto más tiempo ocupe y distancia avance el mandatario por el sendero escogido -que, de pronto, tiene el trazo de un callejón-, más difícil será rectificar y aplicar los correctivos para retomar la calzada que, vaya paradoja, le dé un rayo de esperanza y perspectiva al país.

No basta justificar, es preciso reconsiderar.

Aun antes de la epidemia, los signos ominosos del porvenir económico se advertían ya en el horizonte.

Entre zancadillas propinadas, tropiezos cometidos y variables incontrolables, el cuadro se venía complicando. El coronavirus lo contagió y lo descompuso aún más, pero no lo generó. Regresar así -sin remontar la crisis sanitaria ni contar con un plan de rescate económico posible, claro y consensuado- a la normalidad será volver a la anomalía y la incertidumbre con destino final en la frustración y la rabia.

En todo esto, hay un hecho curioso. El mandatario abomina el neoliberalismo, pero es con las más emblemáticas prácticas e instrumentos de aquel modelo con las cuales quiere reactivar la economía y atraer la inversión. Y, entonces, “la nueva política económica en los tiempos del coronavirus” que postula es el disfraz de “la vieja política económica en los tiempos (previos) al coronavirus”.

Sí, el presidente López Obrador venera con fervor el no contraer deuda, el no incurrir en déficit y el no elevar impuestos como la mejor práctica posible y, por si algo faltara, concibe el nuevo tratado comercial con Estados Unidos y Canadá -legado original del salinismo que tanto detestaba- como la palanca para “impulsar nuestras actividades productivas y crear nuevos empleos” y “el abierto enfrentamiento entre China y Estados Unidos” como el resorte de un reacomodo comercial que beneficiará a México.

Empero, esa concesión al dogma que aborrece, la contradice -por no decir, derrumba- al frenar la producción eólica o fotovoltaica de energía eléctrica. Esa decisión genera desconfianza en los inversores nacionales y extranjeros que, quizá a su pesar, requiere justo para reactivar la economía y atraer capital.

Vive el drama de los cruzados que odian hasta la muerte a su adversario, pero lo necesitan vivo para sostener su propia causa.

La premura por revisar la estrategia no responde a resolver una disquisición política para zanjar la vigencia de este o aquel otro credo ideológico, sino a una realidad ineludible: está por reabrirse la actividad económica y sin un acuerdo nacional de cómo hacerlo, la recesión tardará mucho más en remontarse, golpeando, ahí sí, primero a los pobres.

Durante los últimos dos meses, una eternidad en el encierro, diversos grupos académicos, sectores productivos, actores políticos y activistas sociales han formulado propuestas al Ejecutivo para encontrar un punto de equilibrio entre lo que él pretende, lo que ellos quieren y el país necesita. De ellas, sólo las ideas del Consejo Coordinador Empresarial tuvieron respuesta. Una respuesta negativa, no exenta de desprecio.

Cierto, algunas de esas propuestas son incompatibles con el objetivo presidencial, pero otras no. De ahí que, así como el mandatario dedica tiempo a escribir ideas en medio de la emergencia, también debería dedicarlo a leer otras, aquellas que podrían rescatar la economía sin dejar a los pobres para después y como siempre.

La hora, el momento y la circunstancia apremian rectificar y sumar esfuerzos. De no ser así, los sustos de ayer serán nada ante el espanto de mañana.

sobreaviso12@gmail.com